BIBLIOGRAFIA

 Aguilar A. Alonso F., Asensi J. y otros.
 Norma 6.— Lenguaje. Libro de Consulta, Ed. Santillana, España, 1972.

2. Forgeone José de. Ortografía intuitiva.— Método visoaudomotorgnósico, Ed. Kapelusz. 1945.

3. Moguel I. Murillo G. Nociones de Lingüística estructural, Reforma educativa, Industria Editorial, México, 1973.

Módulo III Seco, Rafael

Manual de Gramática Española, Ed. Aguilar, Madrid, 1978.

Amgio, Lourdes y otros

Norma 8 Lenguaje, Ed. Santillana, Madrid. 1973.

MODULO IV

OBJETIVO GENERAL: Manejará la prosa y el verso y la combinación de las dos formas rítmicas.

INTRODUCCION

Con los conocimientos adquiridos con anterioridad, tú podrás con facilidad comprender en este módulo, lo que se refiere a la prosa y al verso como formas rítmicas.

Distinguirás de ser posible, un escrito en verso de un escrito en prosa aplicando los recursos propios de cada uno, conociendo de antemano diversos ejemplos para tu ayuda misma.

En este módulo podrás practicar el hecho de convertir en prosa, una obra corta escrita en verso, logrando expresar con tus propias palabras lo que un gran autor dejó escrito en verso para la posteridad.

Finalmente leerás y harás tuyas algunas lecturas de autores de renombre universal, que han sido consideradas como prosa poética.

Todos los contenidos y lecturas seleccionadas para ti, se han revisado con la mejor de las intenciones. ¡Suerte!

SECUENCIA TEMATICA 8 OBJETIVOS ESPECIFICOS

El alumno:

- 8.1. Distinguirá los recursos propios de la narración en prosa y en verso.
- 8.2. Conocerá ejemplos de prosa poética.
- 8.3. Prosificará algunos escritos poéticos.
- 8.4. Escribirá poesías sencillas en las que exprese sentimientos personales.

Esquemas

- we rely	. Prosa		
Formas		Semejanzas	Prosa
Ritmicas	. Verso	Diferencias	–» Poética

. Personificación

. Hipérbole

Recursos

. Epíteto

Narrativos

. Comparación

. Metáfora

Prosificación = Convertir en lenguaje natural y sencillo, lo que está escrito en verso.

Texto Motivador

"Verso"

Un soneto me manda hacer Violante y en mi vida me he visto en tal aprieto; catorce versos dicen que es soneto; burla burlando van los tres delante. Yo pensé que no hallaría consonante, y estoy en la mitad de otro cuarteto; mas si me encuentro en el primer terceto, no hay cosa en los cuartetos que me espante. Por el primero terceto voy entrando, y aún parece que entré con pie derecho, pues fin con este verso le voy dando. Ya estoy en el segundo y aún sospecho que estoy los trece versos acabando contad si son catorce y ya está hecho.

Lope de Vega

"Prosa"

399. La Oración de la Maestra.

Señor! Tú, que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste en la Tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de los que enseñé. Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender, como ellas, lo que es carne de mis carnes. Dame que alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarte en ella clavada de mi más penetrante melodía para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corro de niños descalzos.

Hazme fuerte, aún en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda pasión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

¡Amigo, acompáñame! ¡Sosténme! Muchas veces no tendré sino a ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, él, que supo harto de soledad y desamparo. Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad; librame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas al entrar cada mañana a mi escuela. Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia. Reprenda con dolor, para saber que he corregido amando!

Haz que haga de mi espíritu mi escuela de ladrillos. Envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame, desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente de amor.

> Gabriela Mistral: Desolación, pág. 173 Ed. Instituto de las Españas en los Estados Unidos, Nueva York, 1922.

 I. a) Podemos decir que una obra está escrita en prosa, cuando se mantiene la estructura del lenguaje hablado, natural, cotidiano. En prosa, el contenido de lo que se escribe pertenece al mundo real, es una verdad absoluta. El objeto de la prosa es ilustrar el entendimiento y perfeccionar la voluntad y en cuanto a su fin, la prosa trata de instruir preferentemente y después agradar. En la prosa, las imágenes son solo un adorno que debe usarse con moderación; el lenguaje debe ser suelto, sencillo y natural con un cuidado minucioso en las reglas, especialmente de la síntaxis.

A continuación te presentamos un fragmento literario escrito en prosa, para que tú puedas observar y analizar cada uno de los detalles que aquí se te mencionan.

Retrato de varios ausentes

Tomado de "Tiempos de Arena" de Jaime Torres Bodet.

A fuerza de apuntes y de incisiones, la cubierta de mi pupitre había ido adquiriendo un aspecto de carta de marear. Trazadas con una pluma indecisa (la mía de entonces) afloraban máximas escolares: "Conócete a tí mismo", "No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy"... Alternaban con tales preceptos, escogidos sin duda por la voluntad pedagógica de mi madre, ciertos nombres históricos: Morelos, Juárez, Simón Bolívar. Y, más abajo, casi en el ángulo de la mesa, un apellido modesto: Duval.

¿Quién era el extranjero al que ese apellido correspondía? ¿Y por qué lo incluía mi infancia en al catálogo de sus héroes?

Se trataba del tenedor de libros de una joyería afamada de la ciudad de México. Tras de nacer en no recuerdo ya qué rincón de Francia, estudiar en París y ganar varios miles de pesos en la Argentina, había llegado a esta capital acompañado por su mujer y por sus dos hijos, con un diploma de contador en el fondo de su maleta, bajo un rimero de traducciones de Rudyard Kipling, varios frascos de sales y de loción inglesas y, dentro de su estuche forrado de felpa roja, una flauta que le servía ciertas mañanas, después del baño, para animar el silencio de su recámara con esas gráciles entelequias que, al conjuro de los aficionados menos expertos, surgen de las partituras de Mozart y de Beethoven.

Pero tiempo después de llegar a la capital, falleció su esposa.

Recuerdo de ella un perfil distante: el del retrato que conservaban sus hijos en el cajón de una antigua He alterado la cronología de mis contactos con la familia Duval. En realidad, durante el período que este capítulo abarca el señor Duval vivía solo. La que había de ser su segunda mujer residía en París. Sus hijos—los nombraré aquí Enriqueta y Miguel— se hallaban en el colegio de Londres.

Para atenuar los efectos de ese aislamiento, el señor Duval aceptaba con gratitud la hospitalidad de mis padres y de mis tíos. Casi todos los domingos iba a almorzar con nosotros. Y después del café, cuando no se organizaba en alguna partida de bridge o de dominó, nos invitaba al cinematógrafo, a admirar a Gabriela Robinne en la Reina de Saba o a sonreír con las tribulaciones cómicas de Max Linder.

Para mí, aquéllas eran horas de intensa delectación. Me pasmaba la inmovilidad en el palco oscuro, frente a la pantalla en cuyo rectángulo plateado seguían mis ojos las aventuras de un pueblo mudo, elástico y transparente. En la sombra, las manos del invisible pianista acariciaba las olas de un viejo vals, los olanes de una mazurka o los polvos pliegues de raso de un minueto. La música de aquel piano (no exenta de notas falsas) se avenía a veces muy mal con los argumentos de las películas.

La amistad entre mi familia y el señor Duval se hizo tan estrecha que éste decidió instalarse cerca de nuestra casa, en un departamento de la calle de Independencia. Aquella proximidad me dio pronto ocasión de ir a visitarle los domingos por la mañana. Mientras él se vestía para llevarme a pasear a Chapultepec, me asomaba yo por el balcón al patio interior. Habitaban el mismo inmueble dos o tres solterones empedernidos: un profesor de baile, veneciano de origen, de cuya cocina salían, junto con trozos de barcaolas, asoleados olores de queso y de tórtolas con polenta, y una mujer tapatía, delgada, alegre, segunda tiple del Principal, a quien visitaban señores de edad proyecta y que, entre las jaulas de sus canarios y las romanzas de su fonógrafo, vivía una vida sin objeciones, sin prisas y sin corsé.

A veces el señor Duval ensamblaba su atril portátil y me ofrecía un concierto de autores clásicos. Esa parte de mis visitas no me halagaban excesivamente. Nuestro amigo tocaba sin entusiasmo, quizás para no olvidarse de lo que había aprendido cuando era joven. Mientras oprimía nerviosamente las teclas metálicas de su flauta, las guías de su bigote, negras y erectas, le daban un humorístico aspecto de músico militar. Como llevaba el compás con el pie derecho, la extremidad posterior de su zapatilla se le desprendía rítmicamente del talón, obligándome a atestiguar, por momentos, el refuerzo robusto del calcetín.

Al descubrir mi primer bostezo, se detenía.

"Voy a acabar de vestirme", exclamaba entonces: como sólo ese indicio de aburrimiento le hubiese hecho apreciar lo breve de la mañana, desaparecía un momento en su alcoba. Y regresaba enfundado en un traje negro al que, en ocasiones, cuando había recibido alguna felicitación de sus jefes o alguna carta de su cuñada, añadía un clavel violento, sólidamente hundido en la válvula del ojal.

El hábito de verme le inspiró la resolución de hacer venir de Londres a sus dos hijos. Fuimos a recibirlos a Buenavista. Miguel, el mayor, me saludó con lacónica displicencia. Le pareció inadecuado, sin duda, mi traje de marinero y sonrió de mi boina, de mi impermeable y de mi manera de pronunciar el apellido de su papá. Su hermana me llevaba sólo un año de edad. Pero parecía ya una señorita; o, por lo menos, el proyecto de una señorita, con su falda larga, sus ojos verdes, su tez morena y, en el manguito de nutria, sus manos disimuladas y friolentas.

En el coche, el señor Duval se sentó al lado de Enriqueta y escuchó con satisfacción los comentarios de Miguel sobre el largo viaje. Se le veía orgulloso de ser el padre de esos muchachos acostumbrados a viajar en barcos de primer orden y asistir a colegios de primer orden, en suma; a vivir una vida de primer orden, con mermelada en el desayuno, batas de seda en el guardarropa, partidas de tenis todos los jueves y, fuera del plan de estudios, clases particulares de piano y de equitación.

Para eso trabajaba él de las 8 a las 19 todos los días, frente a aquel escritorio en que me gustaba, cuando iba a verle a la joyería, buscar las plumas largas y negras con que sus manos acumulaban cifras y cifras sobre el papel resonante de los registros. Para que Miguel llamase a la avena porridge, week-end a los

sábados por la tarde. Más que todo, para que le escribiese Enriqueta esas cartas encantadoras, que él recibía de Londres cada semana y que, aprovechando un paréntesis musical, solía enseñarme ciertos domingos, con un sentimiento en que se mezclaban —en proporciones que no discernía mi impaciencia— la nostalgia de un padre crédulo y las ortográficas acechanzas de un catedrático riguroso.

La compañía de sus hijos y el anuncio del próximo arribo de su cuñada persuadieron al señor Duval de la necesidad de buscar nuevo alojamiento. Lo eligió en la colonia Roma: una casa moderna, en cuyas habitaciones no tardaron en alinearse todos los muebles que había adquirido al llegar a México y que, desde la muerte de su primera esposa, yacían en una bodega de Peralvillo.

La alegría con que Miguel y Enriqueta ambulaban entre esas camas y esos armarios no era tan honda como mi gozo. Con pretexto de ayudarles, fui a pasar con ellos tardes enteras junto a los tapiceros y los pintores que había congregado la esplendidez del señor Duval. El olor del barniz reciente, el yeso fresco, el golpe de los martillos y hasta el chirrido de los punzones y de las sierras formaban en torno nuestro un conjunto extraño.

Aunque menor que Miguel, Enriqueta se oponía a mis consejos con mejor táctica. A veces discutíamos largamente en qué pared convendría colgar tal cuadro, en qué rincón de la sala se abriría de manera más convincente determinado biombo o en qué lugar del vestíbulo debería reinar cierta mecedora. Desdeñoso de nuestras indecisiones, Miguel iba a buscar en silencio el único mueble que le gustaba —un enorme sofá tapizado de seda color de rosa—, sobre el cual se extendía, de largo a largo, a leer una eterna novela de Conan Doyle.

La merienda le arrancaba difícilmente del mundo lleno de bruma y de gendarme al que sus lecturas detectivescas lo transportaban. Volvía a nosotros como de un sueño. Y su padre tenía que presentarle dos o tres veces la cafetera, antes de que acertase a verter en su taza aquel líquido delicioso que, por lo negro y por lo bien hecho, le recordaba sin duda algún crímen no descifrado por Sherlock Holmes.

A menudo, el señor Duval obtenía de mi madre el permiso de retenerme a pasar la noche en lo que llamaba, no sin amable pompa, "El cuarto de los huéspedes imprevistos".

Noches magnificas, esas, en las que nada importante podía ocurrirme y que, sin embargo, por lo variable de mi carácter y lo rutinario de mi niñez, me conmovían como un peligro, me seducían como un paseo y me alarmaban como un examen! Parece que estoy contemplándome aún, en el óvalo del espejo colocado frente a la cama tendida por Guadalupe, la recamarera de los Duval. Un olor a naftalina impregnaba las sábanas y las mantas. Sobre la mesa de noche, coja de nacimiento, al menor paso —o, desde la calle, la más leve trepidación del tranvía hacía resonar la botella y el plato de una soberbia "polca" de vidrio azul.

A la izquierda, en la habitación vecina, dormía el señor Duval. Su tos frecuente golpeaba la noche con intervalos. Del otro lado del corredor, en la alcoba de enfrente, Miguel leía. Por las rendijas de la puerta, el brillo de su lámpara deslizaba una luz delgada, puntiaguda y sangrienta como un puñal. A la derecha, se dilataba un misterio vago, que nacía del vestíbulo solitario, que encañonaba el cubo de la escalera y luego, ya en la despensa, temía romperse contra los ecos que prolongaba la servidumbre en su afán de lavar a esa hora los platos y los cubiertos de la merienda.

Poco a poco el silencio iba adueñándose de las provincias últimas de la casa. Qué lejos me sentía yo de mí mismo, de mis costumbres y del mundo pacífico de mi hogar! Me decidía a cerrar los ojos. Unas estrellas amarillas, cárdenas, verdes, se encendían bajo mis párpados. Sin saber de qué modo ni en qué minuto, la conciencia se me borraba, un zumbido lejano me ensordecía. ¿Sería ya el sueño? ¿Era yo quien, al fin, naufragaba en mí?

b) Debes saber que una obra escrita en verso, tú puedes diferenciarla de otra escrita en prosa, en una forma puramente visual. Una obra escrita en verso presenta un contenido que pasa del terreno de lo ideal, lo iluso, pero lleno de radiante belleza; las poesías (obras escritas en verso) intentan halagar la imaginación y ejercitar la sensibilidad, revistiendo sus creaciones de formas bellas, ya naturales, ya ficticias, sin llegar a exagerar. El fin primordial de la poesía es el de agradar, antes que instruir. Si bien ni la prosa ni el verso, pueden prescindir por completo del agrado o instrucción. En la poesía, las imágenes son una necesidad y es la

profusión de las figuras la que afecta directamente a la imaginación. En la poesía, el lenguaje es seleccionado, pulido simétrico y cadencioso; aquí es más común, la licencia gramatical: emplea el hipérbaton, utiliza epítetos, maneja voces y construcciones que en prosa no se permiten.

En seguida te incluimos unas rimas de Gustavo Adolfo Bécquer para que observes las características propias de una obra escrita en verso.

XXI

¿Qué es poesía? - dices mientras clavas en mi pupila tu pupila azul - : ¿qué es poesía?, ¿y tú me lo preguntas? Poesía... eres tú.

XXIII

Por una mirada, un mundo; por una sonrisa, un cielo, por un beso... yo no sé que te diera por un beso!

XXXVIII

Los suspiros son aire, y van al aire. Las lágrimas son agua, y van al mar. Dime, mujer cuando el amor se olvida, ¿Sabes tú a dónde va?

ELEMENTOS DEL VERSO

1.- Estrofa.- Se llama así al conjunto de versos, que se repiten periódicamente, según cierta medida. Según algunos críti cos la estrofa más pequeña es la de dos versos y la más grande alcanza más de diez versos.

A la estrofa de dos versos se le llama dístico o pareado.

A la estrofa de tres versos se la llama terceto y también tercerilla, según el metro y la rima.

A la estrofa de cuatro versos se le puede llamar: cuarteta, redondilla, serventesio y cuarteto, según el metro y la rima.

A la estrofa de cinco versos se le puede designar: quintilla, quinteto y lira, según el metro y la rima como se ha venido repitiendo.

Sextina y sexteto, según el metro y la rima, se les denomina a las estrofas de seis versos.